

temas de asombro y admiración en la magnífica metrópoli, en su civilización enteramente moderna.

\* \* \*

Sin embargo, el mundo verdadero de cada cual es el que lleva dentro, y el contraste entre ese mundo y las novedades y sorpresas de los viajes, suele hacer más intensa la vida interior de las pasiones—nobles ó criminales, pero pasiones al cabo.—Emprende Agustín Acuña, lleno de esperanzas y proyectos, el viaje de vuelta, en compañía de su hija y de su mujer; y en el mismo puerto de Vigo, donde desembarcan, les espera ya el galán, el Bernardino Pérez, y conciertan, sin dilación alguna, el envenenamiento de Agustín, al cual, antes de transcurridas veinticuatro horas de sentar el pie en tierra, dan en el chocolate la primer dosis de arsénico, que no le mata, siendo necesarias otras tomas, reiteradas durante quince días. A los quince días sobreviene el desenlace, y Agustín Acuña desaparece, testigo y juez importuno, que podría pedir cuentas de la venta de sus fincas, y que deja su caudal en manos de las envenenadoras.

\* \* \*

Y aquí está lo enorme de tal crimen y lo que le sitúa entre los atentados sin nombre, que parecen desmentir todas las leyes de la psicología. La mujer infiel y dilapidadora suprimiendo al marido en quien ve un estorbo y un peligro, es ciertamente una fiera, pero no un monstruo. Lo fatídico empieza cuando vemos á la propia hija de la víctima tomar parte activa en el crimen, ayudar, durante medio mes, á acelerar la agonía del padre, saturándole de veneno el alimento, contando sus torturas, ofreciéndole, en vez de medicinas y caldos, servidos por mano cariñosa, el polvillo blanco que ha de abrasar sus entrañas... Este fué el crimen de la célebre marquesa de Brinvillori, de quien se dijo que no había hecho otro tanto Locusta. Y este crimen de corrupción, de descomposición, de gangrena, lo encontramos en este medio ambiente de rincón poético, de florida aldehuela en la Concha de Vigo.

\* \* \*

He dicho mal: no cabe comparar á la envenenadora de París, en el siglo xvii, con la envenenadora de Comesaña, en el siglo xx. Porque hay una circunstancia en esta última que no encontramos en la sentimental y pervertida marquesa. Y esta circunstancia agiganta el carácter siniestramente decadente del crimen de las dos mujeres—Teresa Alvarez y Dolores Alonso.—Al poco tiempo de enterrado su padre con las vísceras repletas de arsénico, la hija—no la madre, como pudiera creerse, y como sería lógico, dentro del desarrollo de este crimen,—la hija, la auxiliar en la tarea de envenenamiento, contrae matrimonio con el mismo Bernardino Pérez, el amante de su madre.

\* \* \*

¿Verdad que este *affaire* es de los que no se ven por ahí á cada paso? Al fijar en él los ojos, nos parece penetrar en los limbos, en las gehenas y mazmorras sombrías donde el sentido moral y el afectivo no han logrado hacer entrar nunca un débil rayo de su luz. ¿Qué hay en el alma de esa mujer que se concierta con su madre para suprimir á su padre, no en un rapto de cólera, sino á sangre fría, y prolonga medio mes la faena parricida (única verdadera parricida, que el crimen de la esposa no es *parricidio* sino por figuraciones del lenguaje), y logrado el inicio fin, va al altar con el que ha sido amante de su madre por espacio de cuatro años? ¡Ay del novelista, ay del dramaturgo que tratase del asunto, que se atreviese á llevarlo al libro y más aún á la escena! Se le acusaría de calumniar á la naturaleza humana; se le trataría de impostor.

Escrito lo anterior, sobre la base de los artículos unánimes de la prensa diaria, leo que los acusados han sido absueltos... Pongamos que he bosquejado una novela, más negra que *La Terre*, de Zola, y alegrémonos si tanta maldad no fué probada.

\* \* \*

Mucho se ha hablado recientemente de los voluntarios catalanes. Su presencia ha electrizado á Madrid, que en cuanto á pueblo hospitalario y obsequioso no deja nada que desear. Yo confieso que me explico este entusiasmo férvido, esta especie de ale-

gría vehemente que ocasionó la presencia de los gloriosos restos de una legión insigne. Fueron los triunfos de la guerra de Africa los últimos de que España pudo jactarse. Desde aquella fecha, ni hubo caudillo cuyo nombre pudiésemos colocar al lado del *Gran Cristiano* y de Prim, ni cesamos de sentir en el alma el dolor de las decepciones, crónicas y mortales.

Es justo, por otra parte, agasajar y recibir en palmas á los que, un día dado, escribieron una página honrosa, y firmaron lo escrito prodigamente, con su sangre. Encuentro muy bien lo que se ha hecho para festejar á los voluntarios—banquetes, subscripciones, brindis, finezas—y únicamente quisiera yo que no se perdiese la lección histórica que esto envuelve. *Lección probablemente contraria á lo que muchos creen ver expresado con tal recibimiento á los supervivientes de la campaña de los Castillejos y Tetuán.* Estos venerables héroes nos dicen que todo el valor, toda la abnegación, todo el arranque brioso de una raza, se esteriliza cuando no asisten otras condiciones y un sentido general de aprovechamiento de fuerzas y de sana dirección nacional hacia la cultura, hacia el progreso, hacia el porvenir. ¿De qué sirvió el gesto bello y generoso de tantos valientes? ¿De qué sirvió? Vencimos, sí., pero nación mejor organizada, sólida, consciente, nos quitó el premio de la victoria, recordándonos inmediatamente que nuestro engrimiento patriótico necesitaba apoyarse en fuerzas perseverantes, en firmes cimientos de dinero, civilización adelantada y sentido práctico, en todo lo que nos faltaba entonces y ha seguido faltándonos. Admirables son los veteranos de Africa, pero su casta no se ha acabado, y obscuramente, tristemente, en posteriores guerras (donde ni siquiera pudimos, como en la de Africa, entonar himnos de victoria), es seguro que millares de españoles se han inmolado heroicamente por la patria; y estas energías y estas virtudes—así lo creía el gran Cánovas—se pierden en la nación que no aprovecha y vuelve en frutos esas flores sangrientas de los campos de batalla. Se pelea y se muere por algo, no por capricho, no por alarde; se pelea y se muere en altruista sacrificio, y no hay nada tan doloroso como pelear y morir en vano... Aquí hay valor, ¿quién ha dudado de eso? Lo hay hasta el derroche; lo hay como hay margaritas en el campo y conchas en el mar... ¡Ojalá que ese repuesto, ese tesoro guardado en las entrañas de la raza, produzca lo que producir debe, bien dirigido, bien administrado, y no arrojado á puñados, como simiente en roca, sobre los calenturientos brozales de las maniguas!

\* \* \*

¿Será en efecto un invento maravilloso y que nos honre ante Europa el del *telekino*? El espectro de Peral parece surgir de las nieblas del pasado siempre que de inventos se trata aquí. Aquel amargo desengaño nacional, después de aquellas esperanzas é ilusiones tan ardorosas, nos ha dejado un pozo de recelo que fácilmente sube á la superficie. ¡Nos alegraríamos tanto de equivocarnos en nuestras inquietudes! La personalidad del Sr. Torres Quevedo, inventor del *telekino*, abona de antemano la seriedad de sus inventos y la eficacia de sus arrestos. Es hombre de merecimientos y autoridad innegable. He aquí cuanto cabe decir, mientras no recibe el invento la consagración de los científicos.

\* \* \*

La nota triste es el fallecimiento de la duquesa de Villahermosa... No hace muchos meses hablaba yo en estas crónicas de ella y de su espléndido regalo á España, de ese retrato, uno de los más perfectos y sorprendentes de Velázquez, que una nación opulenta había intentado adquirir cubriéndolo de oro, y que la ricahembra destinó al Museo del Prado, donde pronto se admirará.—La duquesa de Villahermosa, la bella Carmen Guaqui, sentía ya entonces el peso del mal misterioso, de la neurosis que acaba de tener fatal desenlace en aquel mismo *chalet* del Prado donde me parece verla ofreciendo el te con tan señorial y dulce cortesía. Buscaba vida entre los pinares y los brezales del monte, en el puro y balsámico ambiente del Real Sitio, y acaso la prolongó un poco, á fuerza de precauciones; pero se veía exhausto su organismo, atacadas, en ella, las fuentes del vivir... Y lo decía con su grata, plateada voz: «Estoy muy enferma...» Mujer de singulares condiciones, patriota y aristócrata de viejo cuño, el impulso, en ella, era elevado y poético... Descanse en paz de sus sufrimientos y conservemos de ella la más cariñosa memoria.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días se juzga en Vigo un crimen de los más negros, que reviste los caracteres todos de los crímenes de decadencia y corrupción profunda, y sin embargo ha sido perpetrado por mujeres de humilde clase, en el rincón de pacífica aldea de un país risueño como ninguno.

\* \* \*

Uno de tantos gallegos laboriosos emigra á Buenos Aires, dejando aquí á su familia, mujer é hija. No se va para no volver: al contrario, lleva, como casi todos, el propósito y el anhelo de regresar en el más breve plazo posible, con el modesto peculio que para los aldeanos representa la dorada medianía y la vida asegurada y venturosa. Se prolonga la separación: no es Agustín Alonso, que así se llama el emigrante, de los que rápidamente triunfan, sino de los que poco á poco y con paciencia bovina van juntando su capitalito. Y mientras él se afana, entregado á algún sórdido trabajo, confundido entre la multitud de hormigas emigradoras, se traban relaciones estrechas entre su mujer y uno de esos gallos de corral, hombres de manos ociosas y retorcido bigote (los periódicos publican su retrato) que la fascina hasta el punto de persuadirla á venderle todo el pequeño patrimonio del ausente, mediante la entrega, probablemente imaginaria, de insignificante suma. Yo he visto, en mi propia aldea, que estos emigrantes, que sólo desertan el hogar para allegar medios de sustentarlo, dan plenos poderes á la esposa, que queda encargada de mantener encendida la llama del sacro fuego, y ellas disponen y ellas venden y ellas compran (generalmente lo último, porque el emigrante les envía cantidades para adquirir un poco de tierra, de la tierra tan amada).

El tiempo se le hacía largo, entre tanto, al trabajador; la soledad pesaba á su espíritu, y habiendo reunido ya algunos miles de duros, deseoso de liquidar y retirarse á vivir descansando de la ardua faena, quiso antes que su esposa, que su hija, conociesen el país nuevo y floreciente en que se gana el bienestar. Giró fondos para el viaje, y Teresa Alvarez, con la joven Dolores Acuña, salieron hacia Buenos Aires y allí permanecieron quince meses, durante los cuales es de creer que encontraron no pocos